

Diario de la guerra

-Francis Archer Ronan-

Moylish, Limerick, Irlanda

04-02-1940

Parece que, debido a la guerra, los ingleses y los irlandeses hemos dejado a un lado nuestras diferencias. Como buena muestra de ello, esta mañana, mientras estaba sentado en la mecedora de mi padre leyendo a Oscar Wilde, entraron esos dos soldados británicos de modales grotescos. El apestoso olor a tabaco proveniente del soldado más tallado se quedó tallado en mi chaqueta de lino marrón mientras me llevaban, casi arrastras, hasta la parte trasera de un camión, donde, sin apenas tiempo para despedirme de mis padres, me zapatearon al interior de aquel lóbrego espacio. En el interior se hallaban seis jóvenes más un poco mayores que yo. Todos tan atemorizados como éste otro joven. Durante el camino nos resultaría imposible anotar todos los baches que iban destrozando nuestro espinazo, pues la cantidad sería abrumadora. Los rostros serios, perdidos, ausentes en un mar de dudas, queriendo escapar, se miraban alicaídos durante ínfimos instantes antes de volver a clavarse en el frío suelo metálico. Cuatro horas después, un batallón de hombres nos esperaban en el campamento. Unos limaban el filo de sus cuchillos sentados frente a sus tiendas de campaña, mientras otros jugaban a las cartas en improvisadas mesitas de cartón. Nuestro grupo fue escoltado hasta una de las tiendas situadas al oeste del campamento. Parecíamos los más jóvenes; lo cual no parece ser una ventaja visto que hemos sido el blanco de un gran número de mofas durante el primer día de esta horrenda existencia lejos de mi plácido hogar. Nada más entrar en la tienda de campaña que nos asignaron me di cuenta del viento que azota con vigor las telas de nuestra nueva «casa»; apuesto a que me costará dormir. El sargento primero Doyle, que se presentó en el ocaso de la tarde, nos dio la bienvenida y, justo después, nos trató de alentar con un discurso bravucón. Algunos de mis compañeros se creyeron dicho discurso, pero yo pensaba en cómo era posible alentar a un hombre para que mate a sus semejantes. Parece fácil tergiversar la realidad y amoldarla a tus gustos; al menos eso pienso del don que posee Doyle.

La luna comienza su trabajo mientras escribo estas líneas. Por suerte, el sargento me ha dado permiso para seguir con mi diario; es lo único que me ayuda a mantener vivo el sueño de llegar a ser un reputado psicólogo o filósofo; siempre que salga vivo de aquí, claro.

Apenas tengo diecisiete años, así que me va a resultar una ardua tarea teniendo en cuenta que jamás me he acercado a una arma.

Campamento en Limerick,

07-02-1940

Comienzo a extrañar el rostro de mi bella amiga June. Su cesta de mimbre, repleta de rosas, conformaban un perfume multicolor que inundaba nuestra casa cada vez que nos visitaba. Mi madre enloquece cada vez que la ve. Está tan encantada con ella que desea con ahínco que me case con ella. Pero no somos pareja, solamente amigos que se quieren más de lo común. También pienso en mi padre, que ahora mismo estará en su herrería de Listowel afilando, posiblemente, los cuchillos que usaremos en esta maldita guerra. No dejo de pensar en el porqué un hombre tan pacifista como él construye armas con sus propias manos; quizá no tenga explicación o quizá simplemente no tenga otro remedio para poder alimentarnos. Y mi madre estará vendiendo sus deliciosos barquillos rellenos de mermelada desde su puesto de venta ambulante. Y June seguirá estudiando las flores. Recuerdo cuando me dijo que un objeto inerte puede tener más vida que nosotros, que depende si ves las cosas con los ojos o con el corazón.

Apenas llevo unos cuantos días aquí y mi vida ya ni la reconozco; las lecturas antes de desayunar han dejado paso a tener pulcras nuestras botas para regocijo del sargento. Los abrazos por sorpresa de June son sustituidos por el desangelado viento. Al menos ya no me siento tan solo como los dos primeros días, pues un chico de diecinueve años, tan asustado como yo, se ha unido a mi unitario grupo. Se llama Reed y vive en el sur de Cork; o vivía, mejor expresado. Todas las noches desde que llegamos le oigo rezar antes de acostarse, no sé si por devoción o suplicando salir con vida de aquí. Todos tenemos el mismo miedo, aunque creo que cuanto más tiempo transcurre, más insensibles nos volvemos ante todo esto. Privar a una persona de su libertad es el más atroz de los crímenes. De cualquier modo, el sargento Doyle nos ha asegurado que pronto embarcaremos con destino a Formby,

Inglaterra. Quizá la guerra comience a acelerarse y esto termine más rápido de lo que creía. A veces se vuelve insoportable la espera, aunque, al menos, ahora siento que avanzamos, hacia un destino fatal, pero avanzamos...

Nuevo campamento, Formby, Inglaterra, 13-02-1940

Las cientos de tiendas de campaña ocupan la mayor parte de la tierra visible. Desde la mía puedo divisar el mar infinito en todo su esplendor. Me cuesta imaginarme cómo a unos pocos metros existe tanta belleza; ¡vaya contraste! En otro orden de cosas. El sargento Doyle parece angustiado; desde que llegamos no para de gritar a todo el que esté mínimamente sosegado. Quiero pensar que la guerra le está retorciendo los nervios y por eso actúa de este modo. De verdad espero que no actúe así porque desconoce qué debe hacer.

Casi cierro el diario sin escribir sobre lo que me dijo Reed, mi fiel amigo. Mientras corríamos por orden del sargento, me aseguró que escuchó a dos compañeros nuestros hablando sobre que el ejercito alemán había comenzado a atacar el sur de Inglaterra para, *a posteriori*, terminar haciéndose dueños de todo el país. Nosotros, «los novatos», no conocemos nada de lo que ocurre, pues apenas nos enseñan a disparar un arma y a estar en forma por si ataca el enemigo. Pero muchos somos los que no sabemos ni cómo se recarga un arma. El desorden de todo es manifiesto. Y si es cierto el poderío del ejercito alemán, creo que no podremos hacerles frente con sólo doscientos soldados, pues la mayoría son como yo: «novatos».

P.D.: Odio el olor de las balas al ser disparadas en el campo de tiro. Es tan repugnante que siento arcadas.

16-02-1940

Ya llevamos tres días en el nuevo campamento y apenas sé nada de lo que debemos hacer. Tan sólo corremos, limpiamos los baños y volvemos a correr. Ningún superior nos dice a quién apoyamos o a quién atacamos. De hecho, comienzo a dudar sobre a qué ejército pertenezco. ¿Si soy irlandés por qué me encuentro junto al ejército inglés? Todo me resulta confuso y, aunque parezca una contradicción, temo que deje de resultármelo. En otro orden de cosas. Esta mañana he visto a Reed vomitando durante el desayuno. Puedo entender su nerviosismo tras haberme contado la historia de cómo conoció a su chica, Miriam. El temor de no volver a verla lo tiene completamente atenazado.

—El verano pasado viví en Wexford —comenzó diciéndome—. Allí asistía a unas clases de piano... Oh, me encanta tocar el piano. ¿Alguna vez lo has tocado? Es pura magia. Sientes como si estuvieses pulsando las teclas para abrir las puertas del Edén. El caso es que, al finalizar las clases de cada día, una chica se sentaba en el banco que estaba cerca del acantilado. Siempre estaba leyendo un libro, y yo siempre me preguntaba qué la mantenía tan pegada a aquel sitio y momento. Al cabo de dos semanas me atreví a hablarle. Ella tenía el pelo color cobrizo, ojos marrones, diminutas pecas dispares por todo su rostro y una voz como..., como risueña, jovial, no sé explicarlo, pero me quedé prendado de ella instantáneamente, me podría pasar todas las horas de mi vida oyéndola y me seguiría encantando escucharla. Pero lo curioso vino cuando le pregunté el porqué leía siempre al salir de clase. Me contestó algo que no me esperaba ni en el mejor de mis sueños: «Esperaba todos los días sentada en este banco, anhelando que algún día te atrevieses a hablar conmigo. Este libro ni tan siquiera me gusta, simplemente quería estar a solas contigo, conocerte. Soy demasiado tímida para hablar con un chico y mis padres no creo que me lo permitiesen, así que tenía la esperanza de que, algún día, durante la media hora que espero aquí, te acercases». Indudablemente la besé y, tras eso, comenzamos a vernos todos los días, bueno..., no todos los días, tan sólo nos veíamos cuando sus padres no estaban. No hay un minuto en el que no piense en ella. ¿Sabes?, cuando me «raptaron» estaba en la casa de mis padres, con ella. Nos estábamos besando cuando oímos llamar a la puerta. Sentí miedo, pues

pensé que serían sus padres, pero visto quién llamaba... Ojalá hubiesen sido sus padres. ¿Por qué crees que la humanidad ama tanto las guerras?

—No lo sé —dije, con la mirada perdida en dos hombres que se peleaban mientras el sargento los intentaba separar a grito de: «¡Sois soldados, comportaos como tales!»—. Pero ojalá un día pueda conocer el porqué.

P.D.: Desde que Reed me contó su historia me he estado preguntando cómo será besar a una chica. ¿A qué sabrá la boca de una chica?

22-02-1940

El sargento está demasiado exaltado. Esta misma mañana, sin ir más lejos, le ha dado una soberana paliza a un soldado por levantarse un segundo tarde de su catre. El sargento sólo parece tener cabeza para pegarla a sus queridos prismáticos. Y es que, a veces, lo veo caminando sin rumbo, y, cuando no está golpeando a uno de los suyos, nos avisa de que tengamos las armas preparadas. Aunque no nos digan nada, es más que evidente que pronto ocurrirá algo. Espero que el ejercito alemán sea menos vigoroso de lo que promete.

Cambiando a temas un tanto más alegres. Hoy he conocido a otro camarada, Abban. Él, al contrario que yo, ama la guerra; tiene un sentimiento de grandeza cada vez que sale a la batalla que, según asegura, sólo puede ser igualado a cuando está con una mujer haciendo el amor —no usó exactamente esas palabras, pero prefiero no reproducirlas en mi diario—.

Pese a ser un palurdo por comparar la guerra con las mujeres, es una persona en la que podría confiar ciegamente mi vida, pues se preocupa de sobremanera por sus compañeros.

Aunque, siendo sincero, espero no tener que confiársela.

Al acostarme por las noches oigo llorar a muchos soldados mientras sostienen en las manos fotos de sus esposas, padres, abuelos... Y sigo sin comprender por qué, para qué, con qué fin nos matamos. ¿Buscamos la guerra porque la tierra donde vivimos nos parece insuficiente?, ¿por el deseo de tener más? ¿Por qué permitimos que se pierdan vidas?

Perdemos tiempo alejados de lo que nos importa por poseer trozos de tierra... ¿Venganza, tal vez? No lo entiendo y espero que sea por mi escasa edad para comprender. Espero de corazón que exista una razón menos fatídica para todo esto, pues, siento ser trágico a los diecisiete años pero, en caso de no existir una razón real, creo que estamos inexorablemente abocados a la evanescencia del ser humano.

En algún lugar del Océano Atlántico,

01-03-1940

El maldito pulso me tiembla demasiado como para escribir este diario. Mañana lo retomaré urgentemente. Necesito escribir sobre esto.

02-03-1940

Mi pulso ha recobrado la calma mínima necesaria para poder retomar este diario. Hace dos noches, cuando todavía estábamos en Formby, la luna parecía tranquila en el cielo, pero pronto se asustaría a causa del estruendo. A poco más de un kilómetro pudimos divisar al ejercito alemán. Avanzaban con dos tanques y un ejercito de infantería compuesto por cuarenta hombres. El sargento Doyle no paraba de gritarnos: «¡A vuestros jodidos puestos!». Estaba más nervioso de lo común. Todos nos atamos con celeridad nuestras botas, cogimos los fusiles y salimos a defender el..., realmente no sé qué defendíamos. El ataque alemán no se hizo esperar demasiado, y algunos cañonazos hicieron volar las tiendas de campaña. A mi lado estaba Reed, quien besaba como un poseso la foto de Miriam que tenía en el reloj de bolsillo. Las balas silbaban a nuestro alrededor, pero sentí todo en silencio, tan sólo luces y sangre. En un ínfimo minuto perdimos la friolera de ciento treinta soldados: solamente quedábamos setenta. El sargento Doyle nos volvió a gritar, esta vez con razón: «¡Retirada!». Avanzamos campo a través mientras íbamos perdiendo a más soldados y, para cuando llegamos al hangar marino, ya habíamos perdido a otros treinta soldados.

Treinta vidas perdidas por nada... En el hangar le dimos esquinazo al enemigo. La luna se reflejaba triste sobre el mar, mientras los que quedábamos con vida nos resguardamos en el lúgubre hangar. Dentro había un barco lo suficientemente grande como para viajar doscientos soldados. Doyle, inteligentemente, lo pidió por si, llegado el momento, teníamos que escapar. Al cabo de un rato dejamos de oír las balas; supuse que nos creerían muertos a todos. Me dispuse a buscar a mi fiel amigo Reed, pero no lo encontraba por ninguna parte. Mi corazón comenzó a latir tan rápido que no recuerdo otra vez que haya estado más acelerado. Susurraba su nombre para no delatar nuestra posición a los alemanes. Y, de pronto, una voz se desprendió de la oscuridad y llegó hasta mí como un susurro. Era él, apoyado en una esquina del hangar. Yo no estaba preparado para ver aquello: su fusil no apuntaba al paladar de un «enemigo», apuntaba al suyo propio. Aparté su fusil de un golpe. Un disparo resonó en la oscuridad y creí que era demasiado tarde, pues su rostro estaba ensangrentado. Pensé que era el fin, que me quedaría solo, pero, por suerte, la bala simplemente rozó su labio y su nariz. Se pondría bien. Le prometí que le salvaría de esta guerra estúpida y que podría volver junto a su amada Miriam

—Piensa en ella, tan sólo piensa en ella —le recomendé, sosteniéndole las manos al igual que hace mi madre cuando intenta que comprenda algo.

Pasamos toda la noche en el hangar, a la espera de que un nuevo día nos mostrase un camino mejor. Cuando el sol comenzaba a despuntar, salí —por expresa petición de Doyle — a ver si quedaba algún soldado alemán rezagado. Supongo que me considera la pieza más frágil y prescindible del grupo. Salí con pavor, pero tan sólo me encontré un panorama desolador: decenas de cuerpos quemados por el ejercito. «¿Por qué?», me preguntaba una y otra vez mientras se formaba un nudo en mi estómago cada vez que inhalaba el fuerte olor a carne quemada. No lo entiendo, ¡maldita sea! Regresé al hangar. El sargento estaba más parlanchín, incluso conmigo. Habló sobre nuestro próximo destino: la costa este de los Estados Unidos. Viajaríamos en dirección a Boston. Una vez allí, estudiaremos la forma de crear un asentamiento. Nadie sabe el porqué nos vamos a un país extranjero, pero empiezo a ver en los ojos del sargento una firme determinación a mantenernos con vida. Está claro que quiere alejarnos de Inglaterra a toda costa, pero me pregunto cómo nos recibirán en Boston.

P.D.: Abban ha sobrevivido y Reed se está curando. No me puedo alejar de él ni un instante, pues si se va, se irá con él mi cordura.